

# Una literatura sin cualidades

## Escritores cubanos de la generación cero

Compilación y prólogo: **DUANEL DÍAZ INFANTE**



- Edición: Pablo de Cuba Soria
- © Logotipo de la editorial: Umberto Peña
- © Ilustración de cubierta: s/t, por Ángel Acosta León
- © Sobre la compilación y prólogo:  
Duanel Díaz Infante, 2016
- © Sobre la presente edición: Casa Vacía, 2016
- © Segunda edición: Casa Vacía, 2024

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

[casavacia16@gmail.com](mailto:casavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798879754018

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

## PRÓLOGO

Para el crítico literario, no hay la neblina del ayer; hay la neblina del hoy, del ahora mismo. Poses, retórica altisonante, ineptias pregonadas por maravilla, alianzas, capillas; noticias de premios concedidos y títulos publicados; la llegada de ejemplares con dedicatorias de amigos o conocidos; los propios libros, a los que solo se regresa por obligación, so pena de encontrar algún nuevo defecto. Amontonados o inaccesibles, en la mesa de noche o la segunda fila del librero del sótano, todos esos volúmenes conforman una suerte de campo minado; zona turbia, demasiado condicionada, traicionera o resbaladiza. Sólo con el tiempo la neblina se va despejando, las aguas se aquietan: el pasado resulta más fácil de ver que el presente. Aunque susceptibles de revisión o cuestionamiento, los valores “están ahí”; hay canon, unas cuantas certezas. Podemos distinguir con cierta claridad, como los contemporáneos no pudieron. La corriente vida literaria es, en cambio, un océano inabarcable, una maraña, casi un espejismo.

A esa dificultad se viene a añadir, en nuestro caso, la dispersión que caracteriza a la última generación de escritores. La anterior, surgida a fines de los ochenta, poseyó una cierta unidad. Unos cuantos gestos y libros fundamentales jalonan su predominio: Proyecto Paideia, grupo Diáspora(s), Coloquio “Cincuentenario

de *Orígenes*"; las antologías *Retrato de grupo* (Antonio José Ponte, Víctor Fowler, Emilio García Montiel, Carlos Augusto Alfonso, 1989), *Los últimos serán los primeros* (Salvador Redonet, 1993), *Mapa imaginario* (Rolando Sánchez Mejías, 1995) y *Cuba y el día después* (Iván de la Nuez, 2001). Ahí los nuevos —o “novísimos”— rompían con sus predecesores, dejando atrás los años ochenta: el compromiso, el origenismo, el realismo más o menos socialista, la ensayística ahogada por el dogma y los afanes de cientificidad... Tras dos décadas de cultura militante, se abrían a los jóvenes de entonces infinitas posibilidades. Si de algo no escaseó el período especial, fue de temas y motivos para la escritura.

La “generación cero” carece de un contexto tan bien delimitado. Los dos parteaguas fundamentales de esos primeros años del nuevo siglo —el lanzamiento de la “Batalla de Ideas” en 2000 y el comienzo del raulismo en 2006— no han marcado completamente una nueva época. Aquella campaña no fue sino un fallido, postrer esfuerzo de Fidel Castro por recobrar el entusiasmo de los tiempos de la Alfabetización y las Zafas del Pueblo, de los cuales los jóvenes nacidos en los ochenta no tenían vivencia o recuerdo alguno. Devuelto Elián, aparecieron los “cinco héroes”, y las “tribunas abiertas” se siguieron celebrando cada sábado en distintos municipios del país hasta desaparecer imperceptiblemente, *not with a bang but with a whimper*, en algún momento de 2003 o 2004. La “mesa redonda”, en cambio, persistió, aunque en los últimos años ha perdido su posición privilegiada; ya no se trasmite en cadenas e intenta un *aggionamento*, ahora que los “héroes” regresaron y tenemos embajada.

Frente a un castrismo caracterizado por la opción por lo simbólico sobre lo material, Raúl aparece como más centrado en la *oikonomia*. El general carece de carisma y habla poco, pero se dice que es un buen administrador. Su discurso del 26 de julio de 2007, al reconocer que el “período especial” no ha terminado, viene siendo la conclusión de la Batalla de Ideas, que ya no se menciona. Aunque muchas de sus promesas de apertura siguen sin cumplirse, es evidente que su gobierno marca el final de la retórica castrista. Tras 2005, Año de la Alternativa Bolivariana para las Américas, y 2006, Año de la Revolución Energética, 2007 fue, modestamente, el Año 49 de la Revolución. El perfil de los festejos oficiales por el cincuentenario del triunfo de la Revolución no pudo ser más bajo. Nada de grandes concentraciones ni de desfiles populares; sólo un sencillo acto en Santiago de Cuba, con un breve discurso donde la palabra “socialismo” se escurrió.

Mientras tanto, la crisis de la cultura oficial es innegable. Las recientes alertas, por parte de funcionarios del régimen, sobre el peligro de “desmontar la política cultural de la Revolución”, no son más que síntomas de una erosión irreversible. Hace dos décadas, la ideología del período especial —el abelprietismo, el vitierismo, la sacralización de la “identidad nacional”— ofreció a la generación de los ochenta, antes de partir al exilio sus principales cabezas, un centro polémico. De ahí ensayos fundamentales como “La lengua de Virgilio” (1993) de Antonio José Ponte, “Olvidar Orígenes” (1994) de Rolando Sánchez Mejías, y “La otra moral de la teleología cubana” (1994) de Rafael Rojas. Al diluirse el peso específico de ese nuevo oficialismo, intervenciones como aquellas donde pudieron brillar

los escritores e intelectuales de los noventa no se han producido en las dos décadas siguientes. Hoy en Cuba es mucho más fácil leer a Sebald y a Derrida; la Habana es menos provinciana, pero también más vacía. La ciudad letrada, con sus pequeñas escaramuzas y sus batallas mayores, no está anclada allí. Ni allí ni *ailleurs*: todo es, como en la noveleta de Lage, autopista, falta de centro, ciberespacio.

Entre el páramo del exilio y el desierto creciente en la isla, se mueve una generación sin rostro. Los propios autores reconocen que la suya es una “generación dispersa, sin proclamas ni proyectos colectivos” (Jorge Enrique Lage y Ahmel Echevarría, “(De)Generación. Un mapa de la narrativa cubana más reciente”, *Diario de Cuba*, 15 de diciembre de 2013). Ha habido grupos, como el de los narradores (casi todos egresados del curso de técnicas narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso), que hicieron durante la década de 2000 las revistas digitales *Cacharros* (Jorge Alberto Aguiar Díaz, Lizabel Mónica, Orlando Luis Pardo Lazo), *The Revolution Evening Post* (Lage, Ahmel Echevarría, Pardo Lazo), y *33 y 1/3* (Raúl Flores, Lage, Elena Molina). Están los poetas que, ya en la segunda década del siglo, hacen la revista *La noria* en Santiago de Cuba (Óscar Cruz, José Ramón Sánchez, Javier L. Mora), un poco en la línea de *Diáspora(s)*, crítica de la cultura oficial y de la retórica gastada que mantendría en estado vegetativo a buena parte de la literatura nacional. Pero esas iniciativas parece como si se produjeran en un vacío —por la progresiva emigración de escritores, la propia disolución del oficialismo, la decadencia de revistas como *Unión* y *La gaceta de Cuba*, en relación a su relativo esplendor en los años

noventa—; no se comparan con las de la generación anterior. Su tiempo, y su contexto, las condenan a un cierto epigonismo.

En cuanto a la literatura propiamente, tampoco resulta fácil el deslinde. Extrañamiento del tema cubano, vanguardismo, experimentalismo, cosmopolitismo, filiación con géneros menores como la ciencia ficción, influjo de los *new media*: estos rasgos señalados por los críticos y algunos de los escritores concernidos, ¿marcan realmente una diferencia significativa con relación a los “novísimos” y “posnovísimos”? ¿Qué novela de los narradores surgidos en la primera década del nuevo siglo es menos cubana que *Djuna* y *Daniel* de Ena Lucía Portela? La ciencia ficción informa los cuentos de Lage, pero también los de Yoss y Raúl Aguiar. ¿Hay algún narrador de los años cero que sea más cosmopolita que José Manuel Prieto?

Quizás el elemento de mayor novedad hayan sido las nuevas tecnologías: internet, correo electrónico... Pero sus efectos sobre la literatura son más bien escasos. Los *new media* han hecho mucho más fácil la comunicación entre las dos orillas. Propiciaron el debate, en aquella “guerrita de los emails” que sacudió nuestra ciudad letrada a comienzos de 2007. Han democratizado la publicación, allá y aquí, mas no han modificado sustancialmente a la literatura. No es casual que el boom de los blogs de tema cubano haya coincidido con aquel momento de ilusión que siguió al verano de 2006, cuando el final pareció próximo. Pasada esa euforia, estamos de vuelta en la melancolía. Autoeditarse es relativamente fácil, pero escribir sigue siendo tan difícil como antes. El blanco de la página es el mismo. Paraliza de igual forma; o acoge las palabras,

como fuerza gravitatoria o electromagnética, si baja la musa.

Esta antología no busca otorgar identidad, marcar terreno, dar voz a grupo alguno. Su propósito es más modesto: reunir textos representativos de la última generación de escritores cubanos, no sólo en poesía y narrativa sino también en el ensayo y la crónica. Con la excepción de Gerardo Fernández Fe y de Gleyvis Coro Montanet, los autores incluidos se ajustan al criterio fijado por Orlando Luis Pardo Lazo para la “generación cero”, que no es la edad sino haber empezado a publicar en la década de 2000. No están aquí, desde luego, todos los que son; lo impiden las limitaciones propias de toda antología: el espacio, los gustos del antologador, sus lagunas... En todo caso, quizás el gran escritor de la actual generación sea hoy un desconocido; publicará su primera novela, como Ricardo Piglia, casi a los cuarenta. O en algún olvidado pueblo de provincias escribe poemas que siguen inéditos. Ya lo decíamos: el presente es neblina. Y la gran literatura es siempre intempestiva, supera todo determinismo generacional.

No hay aquí, entonces, sino un mapa entre tantos posibles. Un itinerario de escrituras donde el lector se encontrará en College Station (Texas), en Madrid (ya sin Baquero), en Praga (antes y después de la famosa primavera), en Berlín (tras la caída del muro), pero también en Santiago de Cuba y en La Habana. O Habanas, porque hay varias: la que reconocemos mejor, esas calles llenas de ruina y ruido, miseria y desamparo que nos va dejando en herencia la comatosa Revolución; una futurista, irreal, distópica, y otra del pasado, histórica, pero llena de muertos vivientes.



Vanguardista y convencional, cosmopolita y provinciana, cubana y globalizada, onírica y realista: literatura sin cualidades. No tener atributos es como tenerlos todos. La literatura sigue floreciendo entre el asfalto.

Pablo de Cuba nació demasiado tarde para pertenecer al grupo Diáspora(s). Pero de allí, de esa tribu, en alguna medida procede. Como la de aquellos autores reunidos en la tercera sección de *Mapa imaginario*, su poesía es ardua, experimental y hermética, mecha-da de palabras extranjeras y referencias culturales: Nietzsche, Pound, Deleuze... Aquí el yo apenas asoma; no hay afán expresivo sino, como en los poetas latinoamericanos de la antología *Medusario*, retorcimiento del habla, trabajo neobarroco. El hipérbaton, desde Góngora la herramienta primera, caballo de batalla de los poetas barrocos, ya no basta: en estos poemas los pronombres enclíticos separados del verbo rompen una y otra vez la gramática, y encima la cursiva los distingue, como acentuándolos a la fuerza, *just because*. Escritura, en consecuencia, fundamentalmente disonante, que en el cuaderno “Gago mundo” entrega una buena imagen de sí misma: el habla entrecortada pero persistente de un tartamudo-*bavard*. Similar paradoja encontramos en esas oraciones finales que aparecen desgajadas del cuerpo de los poemas, como si vinieran a puntuar, por fin, el flujo de palabras: estos versos breves ocupan el sitio de la moraleja para lo que es en principio lo contrario de una fábula: discurso intransitivo, que no porta mensaje alguno, no conduce a ningún lado.

*Libro de College Station*, recién publicado por Casa Vacía, abunda en este espacio mallarmeano de errancia y decepción. “El remanente de Escritura que va

quedando de un intento fallido de novelar. De ahí que el subtítulo *novela improbable* podría acompañar a las vicisitudes del título. En otro nivel, una manera de ensayar lo narrativo desde los territorios de Verso. Acaso el único modo de alcanzar el momento en que Literatura es pregunta.” (*Libro de College Station*, Casa Vacía, 2016, p. 121) Novela de su propia dificultad, de su imposibilidad, como en Lorenzo García Vega, aunque en este caso el yo aparece menos; si García Vega, uno de los grandes diaristas de la literatura cubana, es un analista impenitente de sí mismo, en el *Libro de College Station* el sujeto y su contexto se difuminan en medio del “Taller de Resonancias”. El autor es otro, Ferlinguetti Batista; la estación de trenes de College, no más una perdida estación de Texas, sin cultura ni historia, sino un lugar marcado: estos trenes han transportado a los soldados que regresan del frente (esos que le inspiraron a Freud la idea de la pulsión de muerte), a los judíos deportados (esos cuya muerte en los hornos crematorios llevó a Celan a hablar de la imposibilidad de la poesía).

El primer libro de Óscar Cruz, *Los malos inquilinos*, es más convencional. Poesía del yo, que evidencia un perfecto manejo del verso libre. Luego, en un giro que recuerda al de poetas de la generación anterior como Pedro Marqués de Armas y Juan Carlos Flores, *La Maestranza* trae un registro radicalmente diferente. La mirada del poeta abandona las lujosas habitaciones de la cultura para posarse en la calle y la esquina, la chancleta incluso: esas mujeres barriobajeras parecen salidas de un cuadro costumbrista del siglo XIX. Solo que actualizado al XXI: por muy coqueta que hubiera sido, Cecilia Valdés no habría dicho “estoy pa tu cartón” (*La*

*Maestranza*, Unión, p.20). Y, sobre todo, no hay aquí diferencia de lenguaje entre el autor y esos personajes populares, distancia marcada entre la suya y esa habla más que coloquial, francamente vulgar. Óscar Cruz da carta de ciudadanía a la lengua chabacana en una poesía que resulta, no obstante, fundamentalmente intelectual, crítica, reminiscente en alguna medida del Padilla brechtiano, antilírico, de *Fuera de juego*.

Así como la poesía más experimental de Pablo de Cuba es heredera de algunos autores de Diáspora(s), esta poesía cuasicivil procede en buena medida del magisterio de Juan Carlos Flores. La poesía como ring de boxeo, sólo que en vez de Alamar, estamos en Santiago de Cuba, provincia dentro de esa otra provincia mayor que es la isla toda. Desde ese margen, se busca construir algo distinto a la “catedral de Lezama”. “Poemas cochinos”, que nada subliman, donde no hay sitio para las metamorfosis. En vez de Dánae, seducida por la copiosa lluvia de oro en que se ha transformado Zeus, la vieja puta Carmenza, “renga por la pinga y por los años” (p.24), quien, retirada ya de las artes falatorias, se dedica al chisme y la maledicencia. Plantando batalla a la “Bella Poesía Nacional”, a las momias de una cultura oficial agonizante, el poeta se reafirma como perro de pelea, “Gran Porfiao” que, no importa los golpes que reciba, termina siempre de pie. Carlos Manuel Álvarez ha dicho que Óscar Cruz es «el guapo de la poesía cubana». Releyendo *La Maestranza*, algo en ese “aguaje” (“de arriba abajo / la misma cuestión / tener cojones o no”, p.82), me ha recordado al dandismo hipermasculino de Mayakovski, que tan bien expresó en su momento la ambición prometeica de la joven Revolución de Octubre. Pero en el desolado Oriente cubano, en los tiempos

que corren, no hay epopeya, misión constructiva alguna para la poesía. Óscar Cruz sería un Mayakovski de las ruinas, que por único atuendo para epatar cuenta con un traje de pelotero.

Gleyvis Coro Montanet escribe poemas con rima y poemas sin rima. Poemaslésbicos y poemas anticastro. En textos como “Habitación propia”, de su libro *Jaulas* (Letras Cubas, 2009), asoma ya el tema de la cubanidad, fundamental en su poesía posterior, escrita en el exilio. La muchacha que un día fue relegada por sus profesores de Física y PMI porque no era “estúpida y bonita”, mira ahora a la isla desde la distancia. El país no es sólo la experiencia de los años vividos en Cuba, sino un repertorio de mitos y motivos donde se mezclan lo culto y lo popular, la risa y la melancolía. Las canciones de antes, no las letras de ahora, que se han vuelto “de plomo”, sino aquellas que combinan “lo triste con lo denso”, los danzones y ritmos de maracas; las malas palabras que pueblan el imaginario colectivo, las frutas del trópico con su simbología sexual, los estereotipos y contrapunteos de un país alegre y triste, guarachero y suicida, aquellos discursos poéticos convertidos en lugares comunes: no ya sólo la lezamiana “fiesta innombrable” sino también el horror de la insularidad.

Porque, dice Gleyvis, Piñera se equivocaba; bien sabía que “estar fuera de Cuba es lo que mata”. Si la poesía de Pablo está instalada, definitivamente, en el lenguaje, y la de Óscar en Santiago de Cuba, en Gleyvis es el exilio con su fundamental ambivalencia: su ganancia de libertad y su inevitable pérdida, nostalgia incluso. Compárese, por ejemplo, la temible figura de la madre de Óscar, que con sus cintarazos le entregó al

hijo ciertas “lecciones de poesía”, a esta otra más tierna que en el poema “La madre” aparece en un foto recibida por email: una anciana sosteniendo en sus manos un muñequito de plástico, el mismo regalado a la hija “en aquellos tiempos florecientes / o semiflorecientes cubanos”, los años ochenta. He aquí, como contraparte del desarraigo del exilio, la “mejor versión” del país, la que recurría “por defecto, a los efectos / de la infancia”.

Jorge Enrique Lage se ha convertido en uno de los nombres fundamentales de la nueva literatura cubana. Las reseñas que en los últimos años ha publicado en *Diario de Cuba* revelan a un crítico sagaz. Notablemente influido por Piglia, le preocupa mucho la lectura, esto es, cómo se lee, o más bien, cómo lee el escritor, cómo se llega a la ficción desde la crítica, y viceversa. Impugnador del establishment literario cubano y de los tópicos asociados a Cuba por el mercado literario, Lage nos entrega en sus notas la miseria de ese país donde ha habido, sí, cierta apertura, donde llegan más libros que antes, pero que todavía está muy lejos de ser contemporáneo del mundo. (En la isla se vive, después de todo, en el “año 58 de la Revolución”: el calendario revolucionario no ha sido abandonado). Un país donde, como en los tiempos del legendario baúl del Conde Kostia, la voracidad de la lectura sigue siendo para el escritor la única forma de superar la marginalidad de la provincia.

Además de varios libros de cuento, Lage ha publicado tres novelas, entre las que destaca *La autopista. The movie* (Caja china, 2014). Se habla aquí, por cierto, de una nueva narrativa cubana cuyos rasgos —“géneros borrosos”, “unidad narrativa débil”, “fluidez de contenido”, “espacio-tiempo surrealista” (p.150-151)— son

más bien los de la propia obra de Lage. La estructura episódica de *La autopista*, junto al protagonismo de los dos personajes masculinos —JE, *alter ego* del autor, y su socito el Autista— la sitúa de algún modo en la tradición de la novela picaresca, pero en lugar de tierras castellanas y andaluzas, estamos ante una Cuba que huye de todo costumbrismo y folclore, para caer directamente en el “futurismo negro” o *cyberpunk*. Una Habana ya inexistente, llena de neón y establecimientos de *fast food*; en las antípodas de aquella ciudad que “aún conserva la medida del hombre” celebrada por Lezama en 1949. Porque todo tejido urbano, todo centro ha dado paso al infinito *suburb*, un espacio como espectral, oscuro, que desde aquella perspectiva integradora de los origenistas no puede concebirse más que como el abominable sueño de un ateo. “Lo que fue La Habana. Lo que nunca fue. Lo que sea que haya sido. La autopista lo ha borrado del mapa. En su lugar, el inabarcable asfalto que llena nuestras pesadillas” (p.107).

Hay siempre algo como experimental, un flujo interrumpido en Lage que remite a una noción vanguardista de la literatura. Osdany Morales es, en este sentido, lo contrario. Leyéndolo estamos ante la impresión de una obra plenamente terminada, clásica. Su prosa fluye sin violencia, con la belleza de las fuentes y jardines. *Papyrus* recuerda al Calvino de *Las ciudades invisibles*, a algunas páginas de Marguerite Yourcenar. El juego metaliterario estaba ya en su anterior libro, *Minuciosas puertas estrechas*, conjunto de relatos sobre la ficción, la noción de compromiso, el poder de la literatura, resueltos todos con sorprendente maestría. Y continúa, en un registro diferente, con esa curiosa reescritura de

“La noche de Ramón Yendía” que es *Zeta* (La Sofía cartonera, 2014). En el relato de Novás Calvo hay un momento en que el fugitivo tropieza con un reloj, dándose cuenta de que el tiempo se le ha pasado volando. Morales pone una lupa sobre este detalle, para convertirlo en un instante de extrañamiento metafísico o filosófico: “La redondez del plato lechoso le pareció copiada de la luna, o del sol. Pensó que el reloj buscaba disfrazar su naturaleza vulgar, su condición insomne, en una forma natural, pero que esa pose otorgaba una interpretación circular y triste de la existencia humana; una carretera sin fin, en apariencia inagotable, pero siempre girando sobre sí misma” (p.44-45).

Gilberto Padilla ha dicho que la gran literatura del siglo XXI está en las series de televisión de HBO y FX. Se trata de una evidente exageración, una provocación. Pero el influjo de esas series, que la crítica ha señalado en la narrativa de la “generación cero”, sobre la última literatura es indudable, y *Zeta* es acaso el mejor ejemplo. Se trata de una reescritura zombi del cuento de Lino Novás Calvo, donde la situación histórica narrada en el relato original —la cruentísima revolución del 33, la caída de Machado— ha sido sustituida por un escenario de catástrofe al estilo de *The Walking Dead*. Los revolucionarios son aquí cazadores de “muertos vivientes”, que para no ser descubiertos recurren a armas rústicas como arcos, mandarrias y patas de cabra. El realismo da paso a un registro fantástico, con su inevitable carga de alegoría y ambigüedad. ¿Qué es esa rabia que en la fatídica mañana del 12 de agosto ha contagiado a todo el mundo? ¿Se refiere de algún modo a la Revolución o más bien a la naturaleza humana, esa naturaleza más cerca de Sísifo que de Prometeo que

Ramón Yendía viera reflejada en la inquietante circularidad del reloj?

La obra narrativa de Abel Fernández-Larrea es aun más proteica. Cada ciclo de relatos no solo ocurre en un lugar distinto, sino que adopta un estilo diferente. Solo una cosa en común: las historias no ocurren en Cuba. *Los héroes de la clase obrera (Greatest hits)*, en Estados Unidos. Atravesados por el consumismo americano, los comics americanos, los videojuegos americanos, la música americana, se diría que estos cuentos tienen algo de *dirty realism*, mucho más propiamente que los relatos de Pedro Juan Gutiérrez. El título es desde luego irónico: no hay heroísmo ni clase obrera; un grupo de adolescentes disipados, perdidos, deambulan entre la fealdad de la “american beauty”. *Absolut Röntgen*, por su parte, nos traslada al país de los soviets; no ya la mediocridad de la existencia en el capitalismo, sino los grandes desastres, la horrible carga de sublimidad, de absoluto, que tuvo el experimento soviético. Si los cuentos de *Los héroes de la clase obrera* parecían respirar cierta literatura norteamericana — Kerouac, Bukowski, Carver, Salinger— aquí apreciamos algo del aliento de la gran literatura rusa. El estilo se ha vuelto más clásico, ideal para expresar el dolor de unas vidas indeleblemente marcadas por el desastre nuclear de Chernóbil.

*Berlineses* plantea, por su parte, el contraste entre esas dos civilizaciones que en Alemania estuvieron separadas por un simple muro de hormigón. De cierta forma, este cuaderno completa un “todo” del que también forman parte aquellos dos libros. Me corrijo entonces: hay mucho más en común en estos tres libros que el lugar donde no ocurren las historias, y ese



tema, nunca explícito, tiene que ver con la fundamental dicotomía entre el capitalismo, que es el ámbito de la alienación —tierra baldía, mundo desencantado— y el comunismo, donde el decreto estatal de abolición de la alienación condujo al kitsch absoluto. Decía Agnes Heller que el capitalismo no había existido nunca más que en la retórica de los regímenes socialistas que lo demonizan. Así vistas las cosas, se diría que, habiendo triunfado —porque triunfó indiscutiblemente—, habría paradójicamente desaparecido, pero en el Berlín de los noventa aún conviven ambos, como fantasmas, y existen por tanto, de una forma única y fugitiva, entre aquellos que experimentan 1989 como dos generaciones antes sus abuelos experimentaron 1914. El paso traumático de ese mundo de ayer, que fue el socialismo de tipo soviético al mundo de hoy, se manifiesta en estos cuentos a la manera de lo siniestro, inquietantes irrupciones en la rutina o la normalidad de la vida cotidiana. Como ese grupo de enanos rumanos cuyas perlitas del Mar Negro, ofertadas muy cerca de donde antes estuviera el Checkpoint Charlie, resultan ser “pequeños ojos cristalizados, fríos como el fondo del océano”.

También sobre el mundo del Este trata el ensayo de Gerardo Fernández Fe que incluimos aquí. Cuarenta años después de la invasión soviética, el escritor se encuentra en Praga, llevando consigo un libro de fotos de Josef Koudelka. *Cuerpo a diario*, primer libro de ensayos de Gerardo, exploraba esa zona donde el mundo de las ideas se encarna, entrecruzándose con las pulsiones y los dolores del cuerpo; no por gusto se concentra en los diarios íntimos, género de escritura necesariamente inconclusa, que tiene el ritmo desigual de la vida,

la incierta consistencia de la espuma de los días. Pues bien, algo de ello hay en este ensayo: el autor conjetura que la decisión de Brezhnev de enviar las tropas del Pacto de Varsovia fue consecuencia de haberse cortado la cara mientras se afeitaba... Minúsculo accidente que habría marcado el destino del socialismo, no sólo en Europa sino también en Cuba, porque allí el 68 fue igualmente un año crucial: como contaron algunos de aquellos intelectuales que solo unos meses antes habían participado en el Congreso Cultural de La Habana, el discurso en que Fidel Castro apoyó la invasión fue para muchos un cubo de agua fría. Gerardo rastrea todo eso en la prensa de la época; primero a favor del “socialismo con rostro humano”, luego reproduciendo al pie de la letra el relato soviético. Para sugerir, con razón, que la intervención dio nacimiento al mito; ese socialismo humano, cálido; primavera que, truncada como fue, nunca pudo llegar a congelarse. Praga, dice, es una hipótesis; la ciudad-Praga no.

Mi ensayo “Praga de los demonios” parte del mismo escenario, aunque unos cuantos años antes: fue la Praga anterior a Dubček la que de incógnito visitó Guevara en 1966, tras el fracaso de la guerrilla en el Congo. La idea de escribirlo vino también de una visita a la capital checa, donde me llamó la atención la cantidad de relojes que se divisan en los muros y torres de la ciudad antigua, y sobre todo el más famoso, el Reloj Astronómico, en la pared del Ayuntamiento. La ciudad misma se me aparece como el mejor desmentido a la doctrina socialista, inseparable de la fe en la perfectibilidad humana. Como la primavera de Praga, *Los cuadernos de Praga* son también un mito: muchos desencantados del “socialismo real” han querido ver

en esas notas donde Guevara parecía enmendarle la plana a un texto oficial del marxismo soviético, una crítica radical del estalinismo, la posibilidad de un socialismo con rostro humano. Pero leer esos cuadernos con Praga —la Praga eterna, medieval y barroca— de trasfondo revela justamente todo aquello que Guevara debe necesariamente negar, y cuya persistencia el diablo, ese gran saturnino, se encarga, una vez más, de revelar: la humanidad frívola, siempre egoísta, siempre seducida por el dinero, siempre “vieja”... La revolución, en Europa como en Cuba, fue un inútil combate contra todo eso, pero en la isla no hubo tanques soviéticos. Si Praga, la primavera de Praga, es una hipótesis, Cuba es una tesis.

La Revolución se ha consumado; la Ruina está ahí, en todo su esplendor, irrefutable. Decía un viejo chiste cubano —o ruso— que el socialismo es el camino más largo para llegar al capitalismo. Tras el anuncio del 17 de diciembre de 2014, por la Habana han desfilado Rihanna, Carnival, Chanel, las Kardashian... ¿Ha llegado, por fin, el fin? ¿así, delante de nuestros ojos, sin que nos diéramos cuenta? ¿sin Evento, caída alguna, día glorioso que conmemorar en el futuro? Entre los ensayistas, es acaso Gilberto Padilla quien ha captado mejor este momento liminar. Mezclando con soltura la crónica y la reseña en sitios nuevos como *OnCuba*, *El estornudo* e *Hypermedia Magazine*, sus escritos miden la temperatura, las turbulencias y movimientos brownianos de ese país que se nos aparece más que nunca como una suerte de Jano: mirando necesariamente al pasado, porque, lleno de reliquias como está, todo lo recuerda, pero también, con tanta esperanza como incertidumbre, a un futuro desde el que llega,

con los aires de cambio que vienen del Norte, el dulce rumor de la Democracia y el Capitalismo.

Campeón de los “narradores cubanos que no son Pedro Juan Gutiérrez ni Zoé Valdés ni Leonardo Padura”, Padilla ha emprendido desde hace algún tiempo una campaña contra “lo cubano”, basada en un contundente diagnóstico clínico. “Infectada por el virus de “lo cubano” (entiéndase: por la iteración cansina de “lo cubano” en el mercado), la literatura nacional contemporánea padece los efectos de una invasiva patología viral, de una enfermedad sistémica: una suerte de *lupus eritematoso*” (“El factor Cuba. Apuntes para una semiología clínica”, *Temas*, octubre-diciembre de 2014, p.114). Se trata, de nuevo, de escapar del provincianismo por vía del cosmopolitismo; oponer a la mercantilización del color local una imagen no estereotipada de Cuba; estremecer a la ciudad letrada con “un poquito de terror literario”, como dijera Sánchez Mejías en la presentación de la revista *Diáspora(s)*.

Terror literario: a esa declaración de guerrilla se acogió también Orlando Luis Pardo Lazo. Él es, ha sido, el *enfant terrible* de la que él mismo bautizó como “generación cero”. Vino a unir el dandismo y la disidencia, la literatura y la denuncia, Cabrera Infante y las Damas de Blanco, por allá por 2007 o 2008. La crónica, género que tras décadas de languidecer en los periódicos cubanos cogió nuevos aires gracias al boom de los blogs, tuvo ahí un momento de gran intensidad. Orlando Luis, que parecía estar dando bandazos, como persiguiendo una forma que no encontraba su estilo, dio por fin con su voz, en las bitácoras *Boring Home Utopics* y *Lunes de Post-Revolución*. Las esquinas des-

vencijadas de los barrios de la capital, los gaticos callejeros, una nube con forma de Cuba, olvidados bustos de Martí: sus crónicas traían, más allá de los demasiados juegos de palabras, un “ojo” para ciertas cosas de nuestro país, francamente revelador. Y estaban imbuidas de ternura: el *enfant terrible* es todo caridad. Sobre el hastío y la cólera, en las crónicas y fotos de OLPL resplandece la caridad hacia las personas y las cosas, cierta voluntad de redimir esas ruinas que ha ido dejando en su camino la demoledora pasión revolucionaria. Hay, incluso, una escena patriótica de *pietà*: él es el hijo y Cuba es la madre, o al revés.

Algo de ello hay también en el otro cronista incluido aquí: Carlos Manuel Álvarez. No encontramos en él la denuncia al modo de Pardo Lazo, sino una perspectiva más próxima a lo que se ha dado en llamar “nueva izquierda cubana”. Un punto de vista que, aunque crítico, se niega a rechazar la Revolución en bloque, en dar la razón a los disidentes y los “gusanos viejos”. No importa; ya la historia se la da, con creces se la ha dado, y quien lea con detenimiento todas las crónicas de Álvarez, desde aquellas primeras en *Cubadebate* hasta las más recientes en *OnCuba* y *El estornudo*, notará que el propio autor ha ido desengañándose de la Revolución y sus íconos, como descubriendo la verdadera naturaleza del Monstruo. En todo caso, su prosa seduce siempre, a fuerza de agilidad y gracia. Semeja el estilo escueto, existencial, de Bolaño, pero con algo de remiscencias martianas, un sabor más barroco o arcaico. Carlos Manuel tiene el duende. Su primer libro de ficción, *La tarde de los sucesos definitivos*, es excelente, pero es aún el libro de un joven que promete. Sus crónicas, en cambio, no tienen edad.

Sobre deportes, sobre literatura o sobre las vicisitudes de los emigrantes cubanos varados en Panamá, estas crónicas se distinguen por una cierta intensidad o aliento poético, imprescindible acaso para abordar los temas que en última instancia interesan al autor. No buscan, como la crítica costumbrista, que suele desembocar en el humorismo, captar los usos y modas de la época, sino más bien aquello que es intemporal, eterno. Carlos Manuel Álvarez no es un escritor de costumbres; es un escritor de misterios. “Tribulaciones al pie del desastre” constituye un estremecedor testimonio del misterio de la maternidad y la filiación. “Del beisbol” es de lo mejor que se ha escrito sobre el misterio de ese deporte lentísimo, desesperante para sus desafectos, pero que tiene, en efecto, infinitas combinaciones, una estética y una complejidad de la que carecen el fútbol y el tenis. “De la muerte”, un escrito antológico sobre el insondable misterio de los libros: no ya el libro abierto, símbolo de evasión y contemplación, sino el libro cerrado, ahí en el bolso o la mochila como si fuera un resguardo.

DUANEL DÍAZ INFANTE

# ÍNDICE

PRÓLOGO, por DUANEL DÍAZ INFANTE / 7

## PABLO DE CUBA SORIA

*A lume spento* / 29

Una temporada en Realidades / 31

*GoodBye GrandPa* / 32

*Res adentro* / 33

Sobre el concepto vulgar de Tiempo / 37

La criada / 38

Amy Lowell / 39

Barroco en cueros / 40

## ÓSCAR CRUZ

Extrañas maneras de estarse muertos / 49

Batalla de Mal Sueño / 53

El Buen Muñeco / 55

P&G / 57

La Bella Poesía / 60

La plumada / 61

## GLEVIS CORO MONTANET

Habitación propia / 65

La luna o donde digo aquí, estoy sola / 66

Del motivo nacional / 67  
Contrapunteo cubano / 68  
Empezar de nuevo / 69  
Dudosa prospectiva / 71  
Regreso a Cuba mientras duermes / 74  
La madre / 76  
A María le gusta la piña pelada / 79  
Hometown with no glory / 80

### **JORGE ENRIQUE LAGE**

Breaking News (capítulo de *La Autopista*) / 83  
White Trash (capítulo de *La Autopista*) / 97

### **OSDANY MORALES**

Zeta (fragmento) / 117

### **ABEL FERNÁNDEZ LARREA**

Klassenfeind / 139  
Östalgie / 143  
Checkpoint Charlie / 148

### **GERARDO FERNÁNDEZ FE**

Praga, La Habana: número redondo / 155

### **DUANEL DÍAZ INFANTE**

Praga de los demonios / 177

### **GILBERTO PADILLA**

Todo Chavarría por un Padura / 191  
Cines zombis / 196  
Un pez que huye / 200



**ORLANDO LUIS PARDO LAZO**

Queridos amiguitos, papáitos y abuelitos / 209

Póstuma ballerina assoluta / 214

¿Quién eres tú, Virgencita? / 220

**CARLOS MANUEL ÁLVAREZ**

Tarde de familia / 229

Del beisbol / 233

Tribulaciones al pie del desastre / 238

Variaciones sobre la muerte / 244

**AUTORES / 247**